

Escritor

Camila Gutierrez R.

Image not found.

Capítulo 1

Me gusta escribir ficción. Será que no me gusta vivir de la realidad. Sé que suena muy poeta, muy pomposo, pero es la verdad. No me regodeo de ello ni lo coloco en letra bonita, sobre un paisaje otoñal para subirlo a facebook, instagram, tumblr, o no sé... twitter.

La verdad es que sufro por ello, no soporto el hecho de que cada día me alejo más de la realidad; porque la ficción no es un refugio seguro, la realidad siempre logra colarse en ella y lo arruina todo.

Bueno, mi forma de huir es concreta: suelo tomar personas de la vida real, que conozco solo de vista. Personas con las que nunca hablé ni me atrevería a hablar (a menos que sea muy urgente) y convierto aquellas particularidades físicas que me cohíben (un rostro hermoso, unos ojos fulminantes, una sonrisa perfecta, un peinado extravagante, un abrigo, un tatuaje) en particularidades correlativas a algo más profundo para hacerlas protagonistas de alguna aventura inventada, una historia.

Debo aclarar que, digo que lo que escribo es ficción pero no me refiero con ello a un género fantástico, quizás me he acercado a temas más utópicos, pero me gusta dejarlas en críticas sociales. Pocas veces he llegado a pensar en alguna historia futurista (la mayoría han abortadas a medio andar). Lo que trato de hacer en lo que escribo, es mostrar aquellas críticas al lector con cierto acento cómico, y optimista. La verdad es que yo ni soy cómico ni optimista, y no soy un experto en temas sociales, pero me sale tan natural darles ese tipo de ambiente a mis historias, debo estar condicionado por las lecturas de cuando era chico, probablemente.

Pero esto no es a lo que me refiero, no es lo trágico. Lo que me perturba es lo bien que me siento cuando cierro los ojos de noche, y sueño con que alguna de aquellas historias se hace realidad. En aquellas ensoñaciones me veo siempre a mi como algún actor secundario: el cliente, el huésped, el repartidor de pizza (personajes súper clichés) observando a los héroes y las heroínas, a los antihéroes subversivos, a los males necesarios y a los rebeldes. Y de pronto me sorprendo disfrutando de una realidad ficticia que ni siquiera en mi imaginación me pertenece, donde sigo siendo tan solo un espectador de la vida que se desenvuelve, pero al menos siento cierto grado de satisfacción.

Por las noches, en plena meditación, me levanto a escribir alguna de aquellas escenas, que generalmente terminan siendo parte de un gran apartado, y luego de un cuento. Cuando logro terminarlo, por lo general ya es de madrugada. Me acuesto, disfruto de mis ensoñaciones un poco más hasta dormirme; y al día siguiente siempre dudo, entre ir al trabajo o no. Por mucho que me lo cuestione siempre termino levantándome, y

mientras voy en mi trayecto, voy decepcionándome de mi decisión paulatinamente, hasta que llego a la oficina. Me siento tras el escritorio, y en ese poco tiempo en que el jefe aun no me ha asignado aún alguna tarea, puedo hacer repasos sobre lo que que escribí, e intento darle nuevos detalles.

Cuando el trabajo comienza, vuelvo a apagar mi mente hasta la hora del descanso, cuando me voy a un local cercano a almorzar. En aquel lugar trabaja mi más preciada heroína antisistema: es la chica que atiende en la caja. Ella en mis historias sale a graffitear de noche afuera de los colegios; ya sean de monjas, de formación técnica, privados o municipales. Escribe siempre frases propias que incitan a revelarse contra alguna ideología impuesta en aquellos lugares (por ejemplo, sobre dios y la iglesia, sobre la adoración al dinero y la productividad, sobre depender del gobierno de turno para que las cosas cambien, sobre ser solo un instrumento de la fuerzas que controlan la sociedad) y luego se va a descansar por solo tres horas, para levantarse a la mañana siguiente y salir a repartir panfletos subversivos por la población. Por eso siempre tiene ojeras, y parece odiar a todo el mundo. Porque esa es la actitud melancólica de toda persona crítica de esta sociedad, de todo utopista disconforme que transforma sus sueños imposibles en rabia. Está tan cansada de tanta basura que le da lo mismo si no duerme, prefiere ese tipo de cansancio que llevar sobre los hombros la culpa de ser parte del problema.

En esta historia, yo soy el cliente frecuente que una noche merodeaba por el lugar con su bicicleta luego de entregar una pizza, y la ve rayando la pared del mismo lugar donde ella trabajaba. Justo en ese momento llega la policía, y ella intenta huir. Sin embargo no parece una buena idea por lo encerrada de la calle. Como yo justo iba pasando por allí, me hice el que no sabía qué sucedía y la cubro. Me coloco a hablar con ella mientras pasa la patrulla, y para que no la vieran le daba la espalda al carro. Luego de que ya se ha calmado todo, seguimos caminando juntos, y comienza a abrirse más, a tenerme confianza.

Pensaba en todo ello cuando a las 12 (mi jefe me había dado permiso para salir más temprano) iba caminando por aquella misma calle semi-encerrada. Pretendía sumergirme en aquella otra realidad mientras almorzaba...

Pero cuando llegué al local, ella no estaba, la dueña era quien atendía la caja.